

Lunes, 9 de marzo de 2020

“¡Dios te perdona siempre!, levántate y anuncia su salvación”

Dn 9,4b-10 Hemos pecado, no hemos escuchado la voz de Dios.

Sal 78,8-13 ¡Ayúdanos, Dios de nuestra salvación!

Lc 6,36-38 Sed compasivos, dad y se os dará.

Quien no reconoce su pecado, no necesita de misericordia ni sabe ser misericordioso con los demás. **Señor, hemos pecado, nos hemos apartado de tus mandamientos...** Y, como consecuencia, vivimos en el odio, en la guerra, en la violencia de unos contra otros. Necesitamos escuchar la voz de Dios, la voz de tantos hombres y mujeres que nos indican el camino del amor; necesitamos tener esa luz, que nos ilumine las tinieblas de nuestro corazón, para que podamos volvernos al corazón de nuestro Padre.

¡Convertíos y creed en el Evangelio!... La fe nos viene por la predicación de la Palabra, por el enamoramiento de un Hombre, Cristo Jesús, que vino para enseñarnos a vivir la alegría y el gozo de sabernos hijos de Dios, amados, elegidos para ser de los suyos, de su familia, de su pueblo.

Sabernos tan amados, tan perdonados; saber que Dios, a pesar de nuestros pecados, tiene piedad y misericordia de nosotros y no se cansa de esperar a que volvamos nuestros corazones a su amor, es motivo para sentirnos anchos, para vivir felices, porque no se tienen en cuenta nuestros pecados, sino nuestros deseos de querer volver a su amor: **Vengan presto a nuestro encuentro tus ternuras, pues estamos abatidos.** Dios siempre escucha la plegaria del humilde, de quien arrepentido desea volver a su amor. Ésa es nuestra garantía, nuestra certeza: Somos amados, somos esperados como hijos pródigos, somos restituidos en nuestra dignidad.

Seamos como nuestro Padre: compasivos, no dados a juzgar ni a condenar, dados a entregar la vida para que otros vivan.

Sábado, 13 de marzo de 2020

“¡Padre, pequé, pero arrepentido vuelvo a tus brazos!”

Mi 7,14-15.18-20 Dios se compadece en el amor.

Sal 102.1-12 Clemente y compasivo es Dios, lleno de amor.

Lc 15,1-3.11-32 Me levantaré, iré a mi Padre y le diré: Pequé.

¿Qué Dios tenemos los hombres como nuestro Dios? Que siempre nos perdona, que siempre nos ama, que se muere de deseos de abrazarnos, de colmarnos de amor y ternura. ¿Tan sordos estamos que no hemos escuchado sus palabras, sus requiebros de amor? **Yo dormía, pero mi corazón velaba. ¡La voz de mi amado que llama! ¡Ábreme hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi perfecta!... Y por él se estremecieron mis entrañas (Ct 5,2).**

Sí, me levantaré, iré a mi Padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco ser llamado hijo tuyo... Son las palabras arrepentidas del hijo pródigo, de ese hijo que pidió su hacienda para despilfarrarla, para olvidarse de que su Padre le amaba con locura. Y decide volver al calor del hogar, sin más méritos que los de cualquier sirviente.

Alejados de Dios somos eso, meros sirvientes; pero Dios nos quiere hijos, con toda la dignidad, con todos los honores. Dios, de nuevo, nos vuelve a vestir con su gracia, nos pone el anillo que nos devuelve el puesto de hijos a su lado, nos calza y prepara una fiesta para nosotros. ¡Dios nos ama tanto!... ¡Tanto nos ama, que se le estremecen las entrañas cuando puede abrazarnos, besarnos, amarnos como nadie nos puede amar!

¡Qué suerte tenemos de tener un Dios tan tierno, tan entrañable, tan misericordioso con nosotros! Que siempre está dispuesto a acogernos, que siempre está esperando nuestro regreso, que no pierde nunca la esperanza de volvernos a tener como hijos, de poder demostrarnos todo su amor.

Miércoles, 11 de marzo de 2020

“¡Tenos piedad Señor y ayúdanos a servir como Tú nos sirves!”

Jr 18,18-20 En tu presencia, hablaba bien de ellos.

Sal 30,5-16 ¡Tú eres mi Dios!, está en tus manos mi destino.

Mt 20,17-28 No he venido a ser servido, sino a servir.

Puede que ahora, en este nuestro tiempo, los hombres no quieran escuchar tu Palabra, no quieran saber de Ti, Señor, porque piensen que lo que les vas a pedir está por encima de sus fuerzas. Por eso, más que nunca, necesitas hombres, profetas, santos, gente sencilla, que crea en tu Palabra y la proclame, la anuncie, con la seguridad de que tu Palabra es Vida, da la vida y nos conduce por las sendas de la justicia, del amor y de la verdad.

Con demasiada frecuencia despotricamos contra aquéllos que no piensan como nosotros, pero hoy, Jeremías nos da una lección: Hablad bien de ellos al Señor. Así como Moisés intercedió por su pueblo ante Dios para que les perdonara, así debemos nosotros, los cristianos, interceder por aquéllos que no nos quieren bien, que desean nuestro mal, que quieren borrarlos del mapa.

Seamos puentes que les acerquen a Dios, hablemos bien de ellos; Dios siempre se apiada y a los que se dejan amar les da la luz que necesitan para acoger su amor.

Es bueno saber que la historia de cada persona le pertenece sólo a Dios. Es bueno estar seguros de que nuestras vidas están en sus manos. Es bueno descubrir que el deseo de Dios es que seamos servidores los unos de los otros.

¡Basta ya!, de prepotencias, de engreimientos, de pensarnos mejores que los demás. No nos ha pensado Dios para que nos sirvan, sino para que nos pongamos, como Jesús, a servir.

Qué bueno si Dios, viendo nuestra actitud, nos dijera como a Jesús:
Éste es mi Hijo en quien me complazco.

Jueves, 12 de marzo de 2020

“¡Dios es amor! Y su deseo es que nosotros seamos amor”

Jr 17,5-10 Maldito aquél que aparta su corazón de Dios.

Sal 1,1-6 Dichoso el hombre que su gozo es la ley del Señor.

Lc 16,19-31 Tienen a Moisés y los profetas, que les oigan.

Pongo ante ti vida o muerte, bendición o maldición... Elige la vida, amando, escuchando y viviendo unido a Dios (Dt 31,19-20). Ya desde el principio de la vida el hombre ha tenido que elegir entre el bien y el mal, entre lo que agrada a Dios y lo que desagrada.

Sólo en el regazo de Dios encuentra el hombre paz, gozo, sentido a la vida, motivos propicios para amar, para servir, para hacer el bien. **Sin Mí no podéis hacer nada**, nos recuerda Jesús; y así es, si no nos acercamos al sol, no sentiremos su calor; si no nos acercamos a Dios, viviremos según nuestros criterios y, como consecuencia, estaremos expuestos a todo tipo de males.

Causa y efecto... Lo que hacemos, bien o mal, repercute en uno mismo y en los demás. Por eso, Dios nos aconseja, nos habla, nos recuerda que le escuchemos, porque en su Palabra está la vida; en su Palabra, el hombre encuentra sentido para vivir, para convivir con los demás, para ser feliz.

Dios sueña con hacer nuevo este mundo: Nuevos hombres y mujeres, con fe, dóciles a su voz, abiertos a la esperanza. Dios nos mira, y sueña y se ilusiona con nuestras vidas. Mira el corazón de los hombres, las posibilidades de cada cual para amar y hacer el bien, y se ilusiona. Hay esperanza, hay futuro, si cada uno de nosotros decidimos escuchar su voz, hacer el bien, ayudarnos los unos a los otros; si decidimos amar, porque amar es una decisión y en el amor está la vida, está el futuro de la humanidad.

Dios nos invita, hoy, a escuchar su voz, para que podamos elegir lo bueno, lo agradable y lo perfecto a sus ojos.

Viernes 13 de marzo de 2020

“El amor nos humaniza, la obediencia nos hace hijos de Dios”

Gn 37,3-4. 12-13a. 17b-28 Israel amaba a José.

Sal 104,16-21 Envió a José delante, acreditado por la palabra.

Mt 21,33-43. 45-46 Envió a su hijo diciendo: A él le respetarán.

Israel (Jacob) envía al hijo de su ancianidad al encuentro de sus otros hijos; y José obedece a pesar de la mala fama que tienen sus hermanos, y se pone en camino.

Dios nos envía a su Hijo único, con la esperanza de que le escuchemos y recibamos, para que unidos a él nos capacite para ser hijos de Dios; pero, como nos recuerda Juan: **Vino a su casa y los suyos no le recibieron...**

Hoy se repite la historia: Dios, que nos ha creado por amor, nos envía a nuestros hermanos, para llevarles la fe y la esperanza. ¡Ojalá!, que recibamos con gozo la misión y nos pongamos, como Jesús, en camino, para amar, acoger y fortalecer a todos los que quieran conocerle.

No tengamos miedo... Es verdad que la misión nos supera, que nos sentimos pequeños, pobres y débiles, pero es Jesús el que va con nosotros, el que nos cuida, el que nos protege, el que nos envía a la viña de nuestro Dios.

A nosotros, los creyentes, se nos ha dado el poder conocer por medio de Jesús el corazón de Dios. A nosotros se nos dice cómo añora Dios la vida de tantos hermanos nuestros que viven en la ignorancia, sin saberse amados, sin reconocerse como hijos. Vayamos delante, como José, a preparar el camino de nuestros hermanos; vayamos, como Jesús, delante, marcando con claridad el camino del amor.

La mies es mucha y los obreros pocos: Pocos los que escuchan en su corazón que Dios les necesita, que somos sus manos, sus pies, su corazón. ¡Ojalá!, nos brote de los más hondo del corazón: **Aquí estamos Señor, envíanos.**

Martes, 10 de marzo de 2020

“Elige la vida, para dar vida, amando y escuchando a Dios”

Is 1,10.16-20 Oíd la palabra de Dios y desistid de hacer el mal.

Sal 49,8-23 Al hombre recto le mostraré la salvación de Dios.

Mt 23,1-12 El que se enaltece, será humillado.

Si no ponemos a Dios en el centro de nuestras vidas, si no escuchamos su voz, si no nos dejamos empapar por su Palabra, diremos, incluso exigiremos a los demás que obren el bien, que sean buenos, pero nosotros no seremos imagen de Jesús, porque lo que hablemos será de oídas, no será experiencia viva de amor, de amor saboreado, amor experimentado, amor que nos invita cada día a ser luz y sal para un mundo que se hunde en el pecado.

Cumplimos con normas, con ritos, pero nuestro corazón está lejos de comprender el por qué y el para qué de nuestras vidas. La Palabra de Dios es la semilla que, acogida y cuidada, da frutos de vida y de amor. Reconocer que todo lo necesitamos de Dios, sabernos pobres y limitados, deseosos de obedecer lo que cada día Dios nos va comunicando, nos pone en el camino de la justicia y de la verdad, nos capacita para transmitir la fe, para llevar esperanza a tantos corazones que están abatidos, desorientados, solos.

No presumamos de ser cristianos, despreciando a todos aquéllos que no han tenido la oportunidad de conocer y escuchar a Dios. Revistámonos de humildad, que es la virtud que agrada a Dios, aprendamos de Jesús a ser mansos y humildes de corazón, a buscar siempre hacer el bien, tender la mano, acoger a aquéllos que se sienten abandonados y solos.

Tuve hambre y me disteis de comer, sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, fui forastero y me acogisteis, ése es el sacrificio que agrada a Dios, y que le provoca que de su corazón brote la ternura y la misericordia hacia todos.

Domingo, 15 de marzo de 2020

3º de Cuaresma

“No te fatigues más Señor, entra en mi vida y sácame de amor”

Ex 17,3-7 El pueblo, torturado por la sed, murmuró contra Moisés.

Sal 94,1-9 Él es nuestro Dios, nosotros el pueblo de su pasto.

Rm 5,1-2.5-8 El amor de Dios ha sido derramado en nosotros.

Jn 4,5-42 Jesús, fatigado, estaba sentado junto al pozo.

La vida, muchas veces, no resulta fácil ni sencilla. Tenemos sed, sed de ser amados, de que se nos respete, de que se nos tenga en cuenta, y cuando esto no ocurre, nos revelamos contra Dios, pensamos y nos decimos: Dios se ha olvidado de nosotros. **¿Puede acaso una mujer olvidar al niño de sus entrañas? ¡Pues, aunque ella lo olvidara, yo no me olvidaría de ti! Mira, en las palmas de mis manos te llevo tatuado** (Is 49,15-16).

¿Cómo podré pagar al Señor todo el bien que me hace? Los hombres no caemos en la cuenta del amor que recibimos y vivimos como si Dios no existiera. Y, sin embargo, él siempre está a nuestro lado, llamando a nuestra puerta sin obtener respuesta.

Está sentado junto a la puerta de nuestra vida, esperando que le pidamos de su agua: Agua que da vida que calma nuestros sufrimientos, y nos ayuda a mirar la vida con otros ojos, con otro talante, con una forma nueva de ver las cosas.

¡Dame de beber, Señor!, ¡calma mi sed de justicia, de verdad, de amor! Que sepa y viva sabiendo que tú eres mi Dios, el que me hizo y me constituye, el que me pensó y siempre está a mi lado para cuidarme, para protegerme, para saciarme de su amor.

Necesitamos escuchar la voz de Dios, su Palabra; para que conformen mi mentalidad y penetren en el corazón, para que den luz a las obras buenas que quieres realizar en mí.

Para Dios tenemos valor infinito, y qué poco nos valoramos. Y nos ama tanto, que se hace a nuestra medida para que lo acojamos.

Pautas de oración

Señor, dame de tu agua:



Para no tener más sed.

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES